

The End

Se asomó a la ventana, en sus ojos viejos y cansados se reflejaba la resignación. Una niebla perpetua cubría el cielo impidiendo ver las estrellas, así desde hacia ya ocho años. Algo inquieto gritó tres nombres, esperó, luego utilizando dos tapaderas de metal las golpeó varias veces, el ruido se extendió por la silenciosa ciudad rebotando en los edificios cercanos con ese sonido hueco de todo aquello que está deshabitado. Al poco oyó unas voces infantiles, y como si surgieran de la bruma aparecieron dos niños y una niña, los tres de la misma edad, doce años.

Se sentaron a la mesa mientras el viejo les servía la comida, como siempre, de lata. Un reloj marcaba unas horas que a nadie importaba, y un calendario viejo y manchado indicaba un mes y un año.

Con la boca llena, pidió Jorge al viejo, al que llamaban abuelo, que les contase cómo fue el fin de la civilización. En sus palabras no había ni miedo, ni rencor, eran las mismas que hubiera dicho cualquier niño al pedir que le contaran una historia.

En los ojos del Abuelo apareció la angustia, luego, su rostro volvió a la impasibilidad de siempre, y respondió al niño que ya lo había contado muchas veces, además, aún eran pequeños para entenderlo. Entonces Miguelín y luego Laura se sumaron a la petición, querían oír de nuevo el nombre de esas cosas que volaban con personas dentro, y esas otras que flotaban en ríos muy grandes de agua salada que separaban tierras muy lejanas. Al fin el abuelo se decidió.

-No os creáis que lo sucedido fue el producto del momento, los grandes hechos de la humanidad se fraguan poco a poco. Al nombrar la palabra -humanidad-, sintió decepción, y su boca se cerró como si la hubieran pegado.

¡Venga Abuelo!, no te pares, -le dijo Jorge.

-Siempre he pensado que el inicio de todo fue la primera guerra mundial, hace ya de esto mucho tiempo, más de cien años. Como ya os dije la vez anterior, una parte del mundo no estaba feliz con el destino que le había tocado vivir y pensó que debía haber mayor equidad para todos, que no hubiera países muy ricos y otros muy pobres, que no hubiera personas muy influyentes, con grandes capitales y otras en la miseria, ese fue, al

menos así se creyó en su momento, el origen de aquella guerra.

-Pero Abuelo, está bien que las personas tengan qué comer y un sitio donde dormir, y no que otros se lo lleven todo, como nosotros tres, que no nos quitamos ni los juguetes, ni la comida.

-De haber sido esto así, estaría muy bien, pero sucede, que detrás de unos ideales grandiosos se esconde algo malo que no actúa a las claras, sino que va poco a poco soterrando como una carcoma todo lo que es digno.

-No te entiendo Abuelo, -dijo Miguel.

-Es como la vez aquella que para hacer una valla cogimos piedras, os acordáis que debajo de muchas había bichos, pues la valla era una buena cosa, pero al hacerla pusimos al descubierto los bichos, imaginaros ahora que éstos cambiasen de aspecto aparentando ser mariposas, así, camufladas irían a esconderse de nuevo entre las piedras y como éstas ahora hacían una valla, de forma lenta pero continua la terminarían horadando.

-¿Pueden las personas cambiar de cara?, -preguntó Laura..

-No, cambiar de cara no pueden, pero su forma de actuar puede parecer una y luego ser otra.

-¿Y para qué quieren hacer esas cosas?.

-Bueno, ¿queréis que os cuente la historia, o no?.

Los tres rostros infantiles se le quedaron mirando, el Abuelo prosiguió.

- ¿Podían los hombres vivir en igualdad?. Sí, si esta igualdad es material, pero, ¿se conformaron cuando la obtuvieron?, ¡No!.

-¿Eso fue antes de la guerra final, no Abuelo?, -preguntó Laura.

Así fue, pero no nos apartemos del hilo de la historia. Después de esta primera guerra se crearon sindicatos que ayudaron a defender los derechos de los trabajadores, los sueldos se fueron igualando, los hijos de obreros podían ir a la universidad, y muchos avances sociales más que apuntaban a una mejor repartición de la riqueza, nadie pensaba que aquello podría estar mal, y no lo estaba en absoluto, si se dirigía la mirada en esa dirección, pero, ¿qué fue de esos bichos que se escondían bajo las piedras?. Casi sin darse cuenta la humanidad se dirigía a otra guerra, aún seguía habiendo diferencias económicas entre los países y también sus religiones e ideologías eran diferentes. Quizá para unificar tanta diferencia se alzaron voces que postulaban la igualdad de todos los

hombres, teorías que habían estado durmiendo bostezaron sus ideas y en aquel entonces encajaron, los darwinistas que relacionaban el origen del hombre con el de los animales, y los comunistas que aseguraban que todos los hombres eran iguales, sin especificar más.

-Abuelo, todos somos iguales, bueno, niños y niñas, ¿a qué te refieres?, -preguntó Laura.
-Que tengamos dos piernas, dos brazos y todo por fuera sea lo mismo, relativamente, ya que tampoco por fuera nos parecemos, hizo creer, o se deseó creer, que todos éramos iguales también por dentro, como ya el comunismo negaba la vida espiritual y los darwinistas además nos indicaban unos inicios animales, ¿por qué no iban a ser todos iguales?, aunque nadie se lo creyese. Ahí estaba la historia mostrando personajes que sobresalían sobre los demás por cualquier razón. Pues bien, así, con este descontento que no venía sólo de las diferencias económicas, sino de las diferencias psicológicas o espirituales, estalló la segunda guerra mundial.

-Es entonces cuando aquellos aviones volaron y tiraron bombas, una de ellas, muy potente que mató a miles de personas en un instante, ¿no Abuelo?,-dijo Miguelín uniendo ambas manos como si fueran las alas de un avión, tal como le habían visto hacer al Abuelo varias veces.

-¡Sigue Abue!, cuéntalo todo, -añadió Jorgito.

-Después de esta segunda gran guerra, las cosas comenzaron a cambiar, las personas que usaban el intelecto les costaba trabajo sobrevivir, mientras que una humanidad muscular conseguía más y más dinero, se había confundido el esfuerzo físico con el valor social, aún así no podían prescindir de todos aquellos que pensaban, y que eran en realidad los que sustentaban el mundo, pero se les iba poco a poco apartando de los beneficios. Las artes se degradaron y para poder seguir cotizando, la mentira se institucionalizó y se mantuvieron en su nombre fundaciones, de esta manera las generaciones siguientes podían seguir siendo engañadas por los herederos de los pseudoartistas.

-¿Y cómo se hace eso Abuelo?, -preguntó Laura.

-Has visto estas dos muñecas que tienes, una está rota y es fea, mientras que la otra es nueva y bonita, pues imagínate que alguien diese mucho dinero por la más fea, confundiendo a la gente, haciéndoles ver que el arte puede ser abstracto, y en consecuencia, que si se ha pagado tanto por ella, sin duda es porque tiene algo bueno, de esta manera se engaña a la gente y también con la ayuda de algunos entendidos en arte,

fáciles de sobornar. Esto sólo fue una parte, ateniéndonos a que el hombre tenía sus derechos y olvidando sus obligaciones, al principio, lentamente, grupos socialmente marginados, como maricas, lesbianas, y pervertidos de todo tipo, salieron de sus catacumbas para hacer valer sus derechos, nadie se les opuso, a fin de cuentas, también tenían derechos, pero, ¿era eso lo que buscaban?. Al transcurrir el tiempo se vio que todo aquello que era feo, o iba en contra de la naturaleza, lo que perseguía era confundir a la gran mayoría, hacerles ver que aquello era normal, que no había nada extraño en que los hombres se casasen con hombres y mujeres con mujeres.

Hacia el año mil novecientos noventa, la entonces llamada Justicia Social, se había convertido en un amasijo de Leyes, donde no importaba que fueras bueno a malo si tenías dinero no ibas a la cárcel, es más, todos los delincuentes y gentes de la peor ralea, salían mejor parados en los juicios que la gente con dignidad, que por alguna razón se había visto implicada en estas mascaradas llamadas juicios. Allá donde se dirigía la vista todo se iba corrompiendo, los libros cada vez se fueron leyendo menos, ocupando su lugar la televisión, a través de la cual era muy fácil hacer ver y creer a la gente lo que algunos querían. Se daban enormes sumas de dinero a algunas personas por hacer cosas sin importancia social evidente, como dar patadas a un balón, ser mejor físicamente que otro, cantar, o cualquier cosa que divirtiese a la mayoría. La gente pagaba más a quien les hacía pasar un buen rato, que a otros que les devolvían la salud, y menos aún, a los que intentaban hacerles pensar y hasta ignoraban o despreciaban a los que deseaban hablarles de un mundo espiritual. Todo iba por ese camino, la angustia de los hombres dignos empezaba a dejarse sentir. Era curioso que los hombres pequeños, -vamos a llamarles enanos de espíritu-, hubieran conseguido con sus regímenes democráticos hacer lo que siempre habían deseado, pero nunca dijeron, tiranizar en el nombre del pueblo, y para el pueblo, porque sólo un enano deforme, un hombre débil, tiende a someter a los otros hombres. Desaparecieron de los medios televisivos palabras como amistad, amor, generosidad, altruismo, dignidad, espiritualidad. Como ya nadie mencionaba estas palabras y tampoco se leían libros, la idea de que podía existir otra forma de vida más auténtica, es decir, la única forma de vida que es el conocerse a sí mismo, se fue degenerando hasta desaparecer de la mente de las nuevas generaciones.

-¿Entonces el pueblo no era culpable de que le engañasen?,-dijo Jorge.

-Cómo no iba a ser culpable, si el mismo pueblo era el engaño, y ¿acaso no había

personas dignas, viviendo en aquellas años?, ¡Sí!, pero se les hacía caso, ¡Ninguno!. Era más cómodo llevar a flor de piel la idea de ser víctima y no molestarse en buscar, en pensar, en ser responsable de las propias acciones, porque en el fondo, ese era el camino que llevaba la humanidad, desapegarse de cualquier ética o religión que le hiciera responsable de sus acciones, la diversión sin freno era lo que calladamente empezaba a salir de las sombras.

El Abuelo dejó por un momento de hablar, se acercó a la ventana mientras los niños le seguían con la mirada. Vio aquella niebla radiactiva aún cubriendo la ciudad y le pareció increíble que dentro de la desgracia a ellos no les hubiera sucedido nada.

-Sigue Abuelo, sigue, -le dijeron casi al unísono.

-Como os he dicho, todo lo que era falso, vulgar y feo, se iba imponiendo, todo eso quería ser el molde donde se mirasen las generaciones futuras, al fin salía a la luz el origen de las guerras e incomprensiones que siempre tuvo enfrentados a los seres humanos, eran los enanos de espíritu los que no soportaban la existencia de seres espiritualmente superiores, el Vir romano, el hombre digno, debía ser anulado. Pero había que proceder con cautela y para ello no se escatimaron esfuerzos, se mostró desde las atalayas del poder los aspectos sórdidos de la vida, olvidando a propósito, que el hombre también podía hacer cosas buenas, de esta manera y otras más refinadas, se apartó de la gente que quería ser engañada los ideales del espíritu, pero ni se hizo de golpe, ni se les dejó con la idea de que se les ocultaba algo, que a su vez era el símbolo de su culpa. Durante décadas, se hizo a la gente responsable del sufrimiento de otros seres, algunos vivían a miles de kilómetros, países pobres sometidos al hambre y las enfermedades, también se habló sin parar de animales en el borde de la extinción, se formó poco a poco una conciencia cívica de socorro al más débil, ¿acaso podría haber algo más ejemplar y altruista?.

-Eso Abuelo, cómo iba a ser malo ayudar a los demás, -dijo Jorgito.

-No hay que confundirse, por supuesto que no es malo ayudar a quien lo necesita, si esta necesidad es vital, pero de ahí a cargar esa responsabilidad en hombros ajenos, es ya otra historia.

-¿Qué quieres decir, Abuelo?, -volvió a preguntar Jorgito.

-Primero, lo que la gente consideraba necesidad, había que analizarlo más detenidamente, para muchos la vida era de un color, para otros de otro, ¿y si luego

resulta que el color rojo lleva a la desgracia a la persona que tanto lo ambiciona?, y hemos sido nosotros los responsables de encaminarlos en esa dirección, por eso, las únicas ayudas reales son las vitales, comida, ropa, alojamiento, pero éstas se superaron cuando entramos en el segundo milenio. Por otra parte, pretender ayudar pero dejar que otros hagan el trabajo, resulta muy cómodo, y esto nos lleva ya a las personas dignas.

-Antes de seguir adelante es conveniente hacer una aclaración, la verdad en aquel tiempo, empezó como ya os he dicho, a transformarse, no se conformaron con ocultarla, como habían hecho a lo largo de la historia, ahora la retorcían, y lo que era negro, lo definían como blanco, y lo alto, como bajo, por otra parte, se quiso creer que la verdad era cuantitativa y no cualitativa.

-Espera Abuelo, ¿qué es eso de cualitativo y cuantitativo?, -preguntó Jorgito.

-Cuantitativo son los números y todo aquello que se puede contar, pesar, medir, es decir, todo aquello a lo que podemos poner un número, pero lo cualitativo, es muy distinto, son nuestros sentimientos, nuestra manera de contemplar la vida, nuestros procesos de razonamiento, ¿acaso podemos poner número a estas cosas?. Pues como iba diciendo, si la mayoría mantenía una opinión cualquiera, esta era considerada verdadera.

-Pero Abuelo, ¿si son más los que piensan de una manera, cómo van a estar equivocados?, -dijo Laura.

-Ese es, exactamente, el error en el que caían, o quería caer la mayoría. El mundo, aunque lo ha trabajado el pueblo, lo han diseñado unos pocos, son esos personajes que aún podéis leer en los libros de historia. La gran masa de gente siempre fue dirigida, pero no como se dio a entender para aprovecharse de ella, sino porque carecían de los recursos intelectuales para dirigirse a sí mismos sin perjudicar a los demás, ¿acaso no se les hizo la vida imposible a todos aquellos que hicieron algo positivo por este mundo?. Y esto se debe a que cuando la masa se acomoda en una forma de vida, le cuesta mucho trabajo desengancharse y aceptar lo nuevo, aunque eso nuevo sea lo mejor para ellos, es como si se intentase educar a un niño gigante que sólo se siente seguro en la monotonía, y que a veces, también se enfada y se vuelve cruel. Creo que está bastante claro, una opinión equivocada en mil bocas diferentes, no vale lo de una sola que sea cierta.

Allí estaban mirándole los tres como otras veces, sabía que no tenían edad para comprender lo que sucedió, aún así, no era fácil reconocer que detrás de los mejores ideales se escondían casi siempre intereses mezquinos.

-¡Oye Abue!, ¿quienes eran esos que llamas Vir?, -preguntó Jorgito.

Por los ojos del viejo asomaron emociones contradictorias, meneó la cabeza y dirigiéndose casi a sí mismo, dijo:

-Es una palabra latina que utilizaban los romanos para definir al hombre que teniendo conciencia de su libertad, también sabe que debe un respeto a los demás, y sobre todo, así mismo, en pocas palabras, es un hombre digno.

-¿Qué fue de estos hombres dignos, Abuelo?, -preguntó Miguelín.

-Ya os lo dije la vez anterior, ¿es qué no os acordáis?. Ya veo que no, bueno, lo que pasó es más antiguo. Aunque habían invertido los valores morales y sociales y en aparente contradicción luchaban por todo lo que era débil, "digo aparente", porque ellos tenían conciencia de ser los débiles, y en suma, lo que hacían era protegerse, pero como nuestra cultura no se asentaba en el vacío, alguien tenía que estar manteniéndola, y eran esos los hombres inteligentes, fuertes y dignos, los que hacían que la cultura, tal como la vivían, aguantase, aún en aquellas condiciones tan hipócritas. Los hombres Vir, veían cómo lentamente desintegraban todo lo que era para ellos importante, la amistad, y la búsqueda de ese camino místico hacia uno mismo, que en aquellas épocas, poco antes de la catástrofe, era ya concebido como un mito.

-Eso ya nos lo has dicho antes, cuéntanos ya cómo fue el final, -dijo Jorgito.

Miró el Abuelo por la ventana y casi en susurros se lamentó de lo difícil que era seguir siendo un Vir.

-En el año dos mil veinte, hace de esto veinticinco años, aparecieron cubriendo el cielo de las grandes ciudades, cientos de naves, venidas de otro mundo. Nadie sabía qué hacer, los gobiernos se paralizaron y las informaciones que llegaban al ciudadano, además de ser pocas, eran cribadas a conciencia. Fuera como fuese, -eso pocos lo supieron-, los gobiernos de todos los países permitieron marchar a todo aquél que lo quisiera al mundo de los extraterrestres.

-¿Cómo eran los extraterrestres, Abuelo?, -preguntó Laura.

-No me interrumpáis, que pierdo el hilo. Cómo iban a ser los extraterrestres, pues humanos, como los demás, bueno, casi, ellos tenían un aspecto que reflejaba el Vir, es decir dignidad y mayor estética. Pero volvamos a donde lo dejé....sí, estuvieron cerca de un año llevándose a personas, y tardaron tanto porque las iban seleccionando, es decir, que no se iban los que querían, sino los que podían. Aquello, de todas formas no causó

curiosidad, no se llevaban a gente influyente, ni científicos renombrados, ni honoriscausas, por lo que se les consintió que hicieran su trabajo sin omisiones de ningún tipo. Cuando marchó la última nave los medios informativos dieron la noticia de que se habían llevado a muy pocas personas, para haber estado tanto tiempo seleccionando, a continuación esos mismos medios añadían grandes listas de personajes ilustres, que aquí se habían quedado, gracias a las estrategias y mayor inteligencia de los gobiernos que los habían mantenido en el anonimato. Hasta aquí todo parecía como un suceso, que aún extraño, desaparecía sin dejar huella, tal como hicieron las naves.

Carraspeó el viejo y fue a destapar una de las botellas de agua, se enjuagó la boca y luego bebió a gusto.

-Como iba diciendo, todo parecía que seguía su curso normal, pero en poco más de seis meses comenzaron a surgir actos denigrantes de cualquier nombre, aumentaron los asesinatos, que ya eran muchos por entonces, y aunque no existía la pobreza, eso no era problema, las personas seguían matándose, aumentó como digo, todo lo que era malo, hubo huelgas por pedir derechos que nadie antes había oído, se paralizaron industrias, el odio y la venganza se extendió como si fuera pólvora, todos parecían haberse vuelto locos, se encerraban en sus casas armados hasta los dientes, nadie se fiaba de nadie, todo era caos. Fue en esa época que algunos se hicieron oír a través de los medios audiovisuales y vinieron a decir que los extraterrestres lo que habían hecho era llevarse a las personas que valían la pena, y que ningún gobierno les había engañado guardando a la gente ilustre, lo que estaba sucediendo les daba la razón. Pero lo peor de todo, eran los huecos.

-¿Los huecos, qué huecos?, -preguntó Laura.

-¡Qué va a ser un hueco!, pues algo vacío, y eso es lo que quedó en la sociedad, huecos vacíos de amistad, ideales, honradez, temperancia, valentía, y espiritualidad. Los extraterrestres se habían llevado a todos los Vir, esos hombres ignorados que mantenían el mundo a flote. Durante cincuenta años los enanos de espíritu habían sometido a esclavitud a los verdaderos creadores de la civilización, les habían obligado a mantenerse solidarios con todo lo inútil y feo del mundo, y como los enanos eran mayoría, consiguieron a lo largo de este tiempo colocar la sociedad a su antojo y beneficio. Algunos también hablaron de antiguas profecías escritas en los libros sagrados, de la venida de Dios, o de los Dioses, para separar a los Vir de los corruptos.

-¿Entonces vino la guerra?, -preguntó Jorgito.

-No, aún no, como digo, estas voces que decían la verdad fueron enseguida acalladas, los gobiernos no podían dejar que se descubriese la verdad, y no era porque ellos fuesen los responsables, sólo lo eran de guardar y confabular con la Masa a ocultar esa verdad. Pero tal y como sucede en la misma naturaleza, con ocultar la enfermedad, esta no se cura. En poco menos de un año, todas aquellas voces que durante más de un siglo habían luchado por defender todo lo que era débil, se callaron, ya no tenían a quién echar esa responsabilidad, así que tampoco podían sentirse buenas personas por pensar en ayudar y no actuar, con este ambiente la máscara del mundo cayó, y los enanos lucharon por sí mismos, abiertamente, que es lo que hicieron desde siempre, y en esta conflagración los intereses de los otros enanos les eran indiferentes, o en todo caso, debían pasar a sus manos. La situación señalaba lo que estaba a punto de suceder, los huecos dejados por las personas dignas, no eran sólo eso, la carestía de algo, lo peor para los que se habían quedado heredando la tierra, es que ya no sabían qué era lo que faltaba, porque no podían comparar, todo lo bueno y digno había desaparecido, y no había mayor responsable que ellos mismos, se había cumplido un Acto de Justicia Universal, y cada cual se llevaba lo que merecía. La debilidad que engendra egoísmos, la maledicencia y la incomprensión, fue el detonante de la guerra, nadie soportaba ver en su vecino su propia cara, así que se destruyeron haciendo acopio de todo el arsenal nuclear del que disponían.

Como veis, algunas de esas armas no destruían sino el aire y con él la vida, dejando todo lo demás en pie, por eso aún hay ciudades y supermercados, de los que todavía y por muchos años, nos abasteceremos.

-Abuelo, ¿por qué no te fuiste tú con los extraterrestres?, -preguntó Miguelín.

-Hace diez años no habría sabido responder, o quizá me hubiera considerado un tonto por no intentarlo, pero ahora creo que contribuí a mi destino.

-¿Qué quieres decir Abuelo?, -dijo Laura.

-Que entre vosotros no habrá huecos.

Se miraron los niños sin saber qué quería decir, entre ellos intercambiaron sus juguetes y cada uno se fue a dormir.

Adolfo C. Algora